

La «Nouvelle Histoire» y sus críticos

Carlos Barros

La escuela de *Annales* es hoy piedra de escándalo. Para bien o para mal, los cambios de planteamientos —los actuales nuevos historiadores defienden legítimamente su derecho al cambio, avalados por la historia de *Annales*—, acompañados de algunas fracturas y autoexclusiones, han generado un ambiente crítico, incluso una imagen de inestabilidad, favorecida por la desaparición de Fernand Braudel en 1985. Juzgamos de interés para el historiador español examinar, de manera crítica, los términos del debate en curso a través de dos textos representativos.

Jacques Le Goff reconoce con franqueza el hecho de la crisis de la escuela, y anota —prólogo de 1988 a una nueva edición de los principales artículos de *La Nouvelle Histoire* (1978)— que «los críticos reprochan a menudo a los historiadores de la *nouvelle histoire* una cosa y su contrario»: ser y no ser fieles a la tradición historiográfica iniciada en 1928 por Marc Bloch, Lucien Febvre y Georges Lefebvre. Añadamos que, por lo regular, quienes critican lo primero no son ideológicamente los mismos que quienes critican lo segundo, sino todo lo contrario.

Los dos libros que sirven de base para nuestro esbozo del estado de la cuestión de *Annales* son: Hervé Coutau-Begarie, *Le phénomène «nouvelle histoire». Stratégie et ideologie des nouveaux historiens*, París, Economica, 1983; y François Dosse, *L'histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*, París, Éditions La Découverte, 1987; traducción española, *La historia en migajas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989. Según nuestro criterio estos dos ensayos encarnan las dos corrientes críticas que desde posiciones opuestas, si bien coincidentes en algunos puntos, enjuician con gran dureza las

posiciones de poder, la coherencia y la obra de los historiadores que en el presente protagonizan la escuela que desde hace sesenta años domina el panorama historiográfico francés, habiendo renovado colosalmente la manera de hacer la historia y obtenido para Francia un enorme prestigio e influencia internacional.

La *nouvelle histoire* está siendo, por tanto, el objeto creciente de la crítica, interna y externa, a lo largo de los años 80 —precisamente la década en que se puede semejar que asistimos a la consagración definitiva, institucional, de *Annales*—, hasta el punto que en opinión de muchos la espada de Damocles de un gran signo de interrogación se cierne sobre su futuro inmediato, otros llegan más lejos y, habiendo formado parte de ella, no consideran ya que *Annales* exista como tal escuela. Esta crisis de *Annales* —real, por eso tiene sus orquestadores— es preciso a todo esto enmarcarla en cierta crisis de la historia en su conjunto, y aun en la crisis de las ciencias sociales; esta última implica en especial a la *nouvelle histoire* por tratarse de una escuela particularmente comprometida con las disciplinas fronterizas de la historia.

Quienes seguimos viendo en *Annales* una fuente indispensable de renovación metodológica —un ejemplo reciente es la conquista de valiosos y nuevo territorio de la historia de las mentalidades—, somos optimistas, estamos convencidos de que se cumplirán las previsiones de Le Goff en el citado prólogo: la actual polémica resultará un nuevo impulso hacia adelante; impulso que sin duda sacará a flote las profundas fidelidades a su propia historia que permanecen bajo los cambios —presurosos a veces— de temas y enfoques. La finalidad de este ensayo es contribuir, desde lejos, a que, degradándose, no se apague al estímulo renovador *annaliste* (en algunos campos de la investigación hoy por hoy se revela indispensable) y, desde cerca, a que la historiografía española sepa hoy como ayer aprender —superando la copia simple y seguidista de temas y técnicas— de la audacia metodológica francesa, en el contexto actual de una mayor y diversificada relación con otras historiografías, como la anglosajona y la italiana.

Los libros de Coutau-Begarie y Dosse tienen en común que los autores han nacido en la década de los cincuenta, y por añadidura enfocan más bien desde la periferia generacional —con un atrevimiento que se agradece— el problema de unos nuevos historiadores, cuyos planteamientos ya no lo son tanto a los ojos de estos jóvenes críticos. Se aduce, y es cierto, que su criticismo es excesivo, que pretenden dar lecciones y, sin embargo, «no han producido un sólo trabajo histórico aportando su piedra al edificio que los historiadores de oficio, viejos y nuevos, construyen mediante el

ejercicio de métodos que no se improvisan», pero nos preguntamos si lo que nuestros autores han escrito por extenso de forma clara, precisa y explícita, no es acaso lo que se rumorea por los pasillos, lo que en suma piensan historiadores muy cualificados (en los dos libros abundan las citas al respecto) de la *nouvelle histoire*. Además, cómo negarle valor a los enfoques críticos de quienes, en menor o mayor grado, representan a una cuarta generación de historiadores franceses; está todavía por ver si éstos se seguirán considerando herederos y continuadores de *Annales* con el mismo entusiasmo y unanimidad, y por las mismas razones, que los que se hicieron historiadores de oficio al calor del clima científico y social de los años 60 y 70.

La virtualidad del peligro de que la identificación de los historiadores con *Annales* acabe perdiendo el viejo contenido en Francia, y más aún en el extranjero, está en la intensidad con que las fuerzas centrífugas vienen rompiendo la escuela de *Annales* desde dentro: protagonistas muy significados, por razones bien diferentes, de la *nouvelle histoire* dan a menudo la impresión de ubicarse más bien fuera que dentro. Así, en fecha tan temprana como 1981, François Furet escribe en *Le Débat* un provocador artículo «En marge des *Annales*», cuyo contenido hay que decir corresponde perfectamente a su título, y cinco años después es Pierre Vilar quien confiesa en una entrevista con François Dosse, acerca de la escuela de *Annales*: «Elle est morte!». Si bien la manifestación más espectacular de las disensiones en el seno de la *nouvelle histoire* la podemos advertir claramente en este año de 1989 con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa, uno de cuyos actores principales, François Furet (ex-presidente de la *École des Hautes Études*), ya se preguntaba en el rupturista círculo que antes hemos mencionado si quedaba algo en común, veinticinco años después, entre los historiadores *annalistes* de su generación, aparte de las reminiscencias y sentimientos vividos conjuntamente en la adolescencia tardía en las filas del partido comunista, militancia que, según Furet, influyó en ellos más que «nuestra actividad de historiadores en el marco de la *École des Hautes Études*». Afirmación verdaderamente sorprendente viniendo de un historiador profesional: sintomática de la anómala situación existente. Furet, con tan peregrino argumento, desvaloriza la contribución científica de *Annales* a la historiografía, intenta quizás así justificar su distanciamiento de la *nouvelle histoire*; el medio utilizado es la típica y empobrecida treta de sustituir, cuando conviene, el debate científico por el debate ideológico.

En fin, nos preguntamos si hoy extrañaría tanto como en su tiempo una reflexión del tenor siguiente: «ver que la hora de la escuela de los 'Annales' ya ha pasado, que el impulso renovador que comunicó a la

investigación histórica europea se ha agotado». Lo extraordinario es que Josep Fontana arriesgó este diagnóstico en 1974 (año en que se publicó por primera vez en *Recerques* su artículo «Ascenso y decadencia de la escuela de los "Annales"»), cuando todas las voces eran de alabanza para la *nouvelle histoire*, y después de proclamarse él mismo deudor de las enseñanzas de los nuevos historiadores franceses como renovadores de los métodos de la historia, reconociendo su combate contra el historicismo *événementiel* y la importancia de la colaboración que habían logrado con las disciplinas científicas vecinas. A renglón seguido de leer a Coutau-Begarie y a Dosse, el tono crítico empleado por Fontana hace quince años resulta de verdad suave. La lucidez anticipatoria del historiador catalán, que ahora hay que reconocer —se coincida o no con su juicio sobre *Annales*— con la misma energía con que antaño se reprobó su posición crítica, se explica por su acierto en identificar la mayor debilidad de *Annales* como escuela historiográfica: la falta de una teoría renovada de la historia y de la sociedad que acompañe a sus innovaciones metodológicas, viene a decir Fontana de manera absoluta. La pluralidad de enfoques al respecto entre los nuevos historiadores franceses y el propio paso del tiempo, nos obligan a matizar: el retraso en hacerse realidad los riesgos de dispersión y decadencia apuntados por Josep Fontana, guarda relación —en nuestra opinión— con que la desvinculación radical de la *nouvelle histoire* de todo referente teórico, en beneficio de un retorno al positivismo, es algo que todavía se está produciendo en estos momentos; proceso de deconstrucción que sobra decirlo está en la base de la presente crisis de la *école*.

Traemos a colación esta temprana aportación de Fontana a la comprensión de la crisis actual de *Annales* porque ilumina una insuficiencia de los libros objeto de nuestro estudio, cuyos autores desatienden la relación entre *Annales* —su formación, desarrollo y crisis— y la o las teorías de la historia. Desde luego es así, por propia confesión del autor, en *Le phénomène «nouvelle histoire»* (aunque luego entra bajo cuerda en el tema de fondo), pero algo de eso también pasa con *L'histoire en miettes*, pese a que Dosse enfoca la crítica desde un ángulo teórico muy semejante al adoptado por Fontana.

El núcleo dirigente de *Annales* hace honor a la tradición crítica de la escuela, a los hábitos de un pasado militante contra la historia tradicional —lucha que para gran parte de sus componentes se mantiene vigente—, cuando sensible al ambiente polémico que rodea desde hace un tiempo a la *nouvelle histoire*, decide autocríticamente abrir un debate en las páginas de la revista. El comité de dirección de

Annales anunció (núm. 2, marzo-abril de 1988) la salida en 1989 de un número especial, con motivo del sesenta aniversario de la revista, que recogerá «las reacciones y las reflexiones» de los historiadores sobre dos puntos: los nuevos métodos de investigación y las nuevas alianzas con las ciencias sociales. Paralelamente Le Goff informó, en el prefacio arriba mencionado, que en esa discusión el comité de dirección de *Annales* «se expresará acerca del pasado y del presente de la 'crisis' y propondrá sugerencias para el futuro». Con todo, se hace notar la ausencia de un tercer bloque temático que aborde directamente el tema de la crisis, es decir, el concepto, la teoría o la filosofía de la historia que sostendrá la continuidad y el nuevo impulso de *Annales* como escuela historiográfica., cuestiones que de un modo u otro están en el ojo del huracán y que porque no estén en un cuestionario no van a dejar de ocupar un lugar central en la polémica. La fragmentación creciente —que ya pocos niegan— de la historia en múltiples objetos y métodos, así como la propuesta que está encima de la mesa de integrar sin más a la historia en las ciencias sociales más próximas, ¿no exigen una redefinición común, según la *nouvelle histoire*, de la razón de ser hoy del oficio de historiador más allá —mejor dicho, más acá— de sus métodos y objetos de trabajo? ¿O es que se entiende que la crisis no afecta a la concepción de la historia que en su día propuso —aunque sus fundadores no eran filósofos de la historia— la *nouvelle histoire*? Sin una respuesta teórica dudamos que resulte viable una salida positiva de la crisis, y que genere la convicción y el consenso precisos el nuevo *tournant critique* que la dirección de *Annales* pretende y que la vieja escuela requiere en el umbral de los años 90.

La verdad es que, como sabemos, la discusión sobre la teoría y la práctica de los historiadores de *Annales* comenzó hace años, y uno de los nudos gordianos del debate es, en efecto, dilucidar si en definitiva la escuela va a salirse o no del carril que tendieron Bloch y Lefebvre, Braudel y Labrousse. Según parece la tendencia que está ganando terreno es la de considerar que *Annales* —patrimonio ahora, se dice, de todos los historiadores franceses— ha conseguido ya sus objetivos (Pierre Chaunu: «Las grandes revoluciones son de ayer. Explotamos lo adquirido...», *Le Débat*, núm. 23, 1983), el tren ha llegado a su meta y ahora es preciso apartarlo un tanto —seguramente un mucho— del carril tradicional para gestionar la posición hegemónica lograda y llevar hasta sus últimas consecuencias (evidentemente, teóricas) la innovación metodológica y la integración de la historia con las ciencias sociales. En el otro extremo, los partidarios de mantener a *Annales* en el marco teórico de una historia global y social, que no reniegue de la herencia de la primera (Bloch, Febvre, Lefebvre) y

segunda (Braudel, Labrousse) generación de la *nouvelle histoire*, ven en la salida de la escuela del carril de la tradición de *Annales*: un simple descarrilamiento. De hecho el libro de Dosse, publicado en 1987, ¿qué es si no una llamada de atención, una reacción ante los avances de la corriente disgregadora de la herencia *annaliste*? Por el contrario, la obra de Coutau-Begarie, publicada en 1983 aunque escrita en 1980, anticipa aspectos críticos destinados a tener cierto auge conforme progresa la década...

Un proyecto de poder

Hervé Coutau-Begarie inicia sus reflexiones sobre la *nouvelle histoire* quejándose de que como consecuencia de su triunfo nadie la someta a una crítica global, barrantando que la unanimidad que rodea a *Annales* —en 1980— entra más bien en la esfera de lo sagrado. A continuación se aplica a llenar ese vacío con tal éxito que en la última página del libro concluye él mismo: «por primera vez, la *nouvelle histoire* se encuentra puesta en cuestión» (pág. 320).

Aparte de su voluntad pionera de someter a *Annales* a la siempre necesaria crítica, la originalidad del enfoque de Coutau-Begarie reside en que —lo manifiesta más de una vez— no trata de hacer una crítica historiográfica de la escuela: pretende clarificar quiénes son y qué hacen los nuevos historiadores; sustituye la lectura historiográfica de sus obras por un análisis de sus ideas y actividades siguiendo métodos de la ciencia política, disciplina que presta al autor (doctor en ciencias políticas) en «objeto —estudio de un grupo— y su esquema de explicación en términos de estrategia e ideología» (pág. 25), esquema que concretamente está inspirado en el *Cours d'analyse des idées politiques* de Jean-Louis de Martres (pág. 317). La peculiar metodología adoptada por el autor supone en consecuencia la mayor virtud del libro... y también su mayor defecto.

Observar al observador, ¿no es acaso un requisito científico? Está muy generalizada la creencia (cuyo origen ideológico, teórico, hay que buscarlo indudablemente en la influencia, siempre subestimada, del positivismo) de que los historiadores están en el limbo de los justos. Raras veces se saca a la luz el contexto mental, social y de poder que condiciona al historiador contemporáneo. Coutau-Begarie, con mayor o menor fortuna, y desde luego con una intención nada neutral, presta el servicio de mostrar la cara oculta de la *nouvelle histoire*, de situar en su contexto ideológico e institucional a los historiadores franceses, lo cual ayuda sin duda a comprender mejor las circunstancias de sus obras. Concedamos en conclusión todo su

valor a aquellos aspectos de la realidad historiográfica sobre los que usualmente cae cierta ley del silencio: las ideologías y las estrategias de poder de los historiadores.

Ahora bien, es posible abordar seriamente la crítica de una escuela de historiadores sin evaluar principalmente su contribución a la historiografía, su concepción del objeto y de los métodos de la profesión? Por supuesto que no, es imposible, y nuestro autor que renuncia explícitamente a una lectura historiográfica de *Annales*, con todo el derecho del mundo, no deja de cuestionar su epistemología de la historia (siguiendo a Raymond Aron); no deja de abogar por la historia positivista anterior al nacimiento de *Annales*, preconizando sin más la vuelta a una historia narrativa, institucional, política, biográfica, diplomática, militar (págs. 124, 171 ss., 193 ss., 197, 268, 296, 320); no deja de reivindicar las escuelas alternativas a la *nouvelle histoire*, Pierre Renouvin en historia de las relaciones internacionales y Ronald Mousnier en historia institucional e historia social (págs. 56-58, 124, 176-179, 302, 305, 320), echando un capote a todos los excluidos, marginales y críticos —y por descontado a los criticados— respecto a la escuela hegemónica en Francia, desde Pierre Gaxotte a Georges Lefebvre (exclusión interna); convocando por consiguiente a toda la comunidad de agraviados —muertos y vivos— por *Annales* a lo largo de su historia, desde un enfoque historiográfico tradicional actualizado, que concentra eficazmente los tiros del análisis en el estudio de la *nouvelle histoire* como proyecto de poder.

Apunta pues Coutau-Begarie que los actuales *annalistes* no suelen citar a Georges Lefebvre entre los fundadores de la escuela, no considerándose muchos de ellos herederos de su obra. Siendo ello cierto, uno piensa inmediatamente que dicha discriminación es debida a la proximidad de Lefebvre al marxismo. De hecho, un sector influyente de la *école* está combatiendo con gran furor la historia de la revolución francesa elaborada por Lefebvre, Soboul, Vovelle, etc., sin duda el aporte de mayor significación historiográfica e internacional de las tres generaciones de la *nouvelle histoire* a la historia social, en un terreno donde *Annales* nunca fue demasiado fuerte como la historia de las revoluciones, las revueltas y los conflictos sociales. Pero no es por su aportación como historiador social que Coutau-Begarie, fiel siempre a sus preocupaciones historiográficas, defiende a Georges Lefebvre: lo hace por su fidelidad al relato y al acontecimiento, por su crítica a los excesos del cuantitativismo, e incluso —dice el autor de *Le phénomène «nouvelle histoire»* (págs. 305-306)— por la rehabilitación que lleva a cabo de los positivistas, perdonándole entonces su marxismo cuando

—justifica— en aquel período todos los nuevos historiadores clamaban su admiración por Marx. Además Lefebvre —celebra— se guarda biende tomar al respecto una decisión firme y completa (como en el caso de Pierre Vilar y otros).

La negativa formal de nuestro autor a realizar una crítica historiográfica de *Annales*, cosa que después afortunadamente no cumple, le conduce inevitablemente a no hacer justicia a los nuevos historiadores. Cuando se trata de reconocer prestigios: «todos los historiadores franceses, y no sólo los nuevos, conocen y utilizan los trabajos de Bloch, Febvre, Braudel o Labrousse» (pág. 192); cuando la cuestión es impugnar, asevera que el proyecto de *Annales*, desde su inicio, no se impone tanto por sus virtudes, espontáneamente, como por su estrategia de poder, son unos «historiadores inteligentes» que supieron conquistar el poder más que unos buenos historiadores que han conseguido ante todo una hegemonía intelectual, argumenta Coutau-Begarie (págs. 16-17, 20-21). Su análisis, aclara, no es hostil y no tiene por objeto rebajar sistemáticamente a los nuevos historiadores (págs. 27, 315), pero este objetivo desde luego el libro no lo alcanza. La decisión previa de centrar el ensayo en ideologías y estrategias de poder (temas que constituyen formalmente las dos terceras partes del libro), deforma la valoración objetiva de los méritos historiográficos de *Annales*. Y si a un historiador no se le juzga primordialmente por sus obras como tal, por el sentido de sus aportaciones al conocimiento histórico, sino por su estatus de poder, por la tirada de sus libros o lo que es peor, por su ideología, se le está rebajando, sea o no sea esa la intención del crítico, que deprecia de ese modo su propia obra. Dicho lo cual, reiterar que apreciamos la novedad y el interés que entraña para los historiadores el estudio de una escuela historiográfica como un colectivo imbricado en la realidad actual.

La descripción de las posiciones conquistadas por la *nouvelle histoire* en las universidades, en las editoriales —el autor informa de la relación de los nuevos historiadores con cada una de ellas—, en los medios de comunicación social y en los manuales escolares, además de hablar por supuesto de los pilares fundamentales, la revista y la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, le sirve a Coutau-Begarie de base para detallar cómo desde ciertas plataformas los nuevos historiadores reconstruyeron, según él, la historia a su gusto, practicando una política de desvalorizaciones, exclusiones y recuperaciones para consolidar su hegemonía. Sin embargo, para el historiador extranjero lo que destaca de todo lo anterior es la ingente labor que supone obtener para la historia un papel tan señero no sólo en el mundo de la investigación y de la universidad, sino también en

los medios intelectuales y, lo que es más difícil, entre la población. Quienes pensamos que el historiador tiene entre sus obligaciones profesionales y sociales la divulgación de sus conocimientos entre sus coetáneos, y sabemos en este sentido los diversos impedimentos que existen, no podemos más que estimar altamente el éxito de *Annales* al lograr que los historiadores vayan sustituyendo a los literatos en el terreno de la vulgarización histórica, que al mismo tiempo ha saltado en Francia del papel impreso a la radio y a la televisión. Coutau-Begarie analiza con finura los condicionamientos que implica una «historia a dos niveles», investigación y divulgación: nuevas jerarquías que dificultan la unidad entre la escuela, cambios de contenido, etc. No obstante, el balance es positivo y ejemplarizador, aun siendo como lo somos plenamente conscientes —la experiencia francesa también es en esto ilustrativa— del peligro de un plegamiento excesivo del historiador a los favores del gran público en detrimento de la centralidad de su actividad científica.

A partir de un esquema metodológico importado del «análisis de las ideas políticas», consistente en estudiar la estrategia de toma del poder por parte del grupo analizado, que por lo demás sobredetermina la ideología subyacente, Coutau-Begarie (págs. 17-18) infiere el éxito de *Annales* de la inteligencia estratégica de sus jefes, quienes —afirma— supieron aprovechar el centralismo de la universidad francesa y la coyuntura favorable de finales de los años 20 (crisis del positivismo, decadencia de la sociología durkheimiana y de la geografía vidaliana), para imponer la nouvelle histoire, adaptando posteriormente con habilidad el proyecto de la nueva escuela a la sucesión de coyunturas de tipo intelectual y social, guiándose siempre por el norte de la conquista del poder, previa acomodación a la ideología dominante.

El autor cita a Thomas S. Kuhn pero no tiene en cuenta lo que éste dice sobre las revoluciones científicas; la ruptura epistemológica que significa la implantación de *Annales* en la comunidad de historiadores, tiene ante todo una explicación científica, y esto es algo que nuestro crítico no quiere entender; en rigor habría que invertir el sistema causal empleado por Coutau-Begarie para dilucidar el triunfo de *Annales*, de modo que el orden correcto sería: discurso científico-ideología-poder. La dimensión estratégica e institucional del ascenso de la nouvelle histoire tiene indudablemente una importancia grande pero no es lo decisivo; sin inteligencia estratégica *Annales* no habría conquistado la hegemonía —y todo proyecto científico es, en efecto, un proyecto de poder—, pero los historiadores sabemos que la historia en general, y la historia de *Annales* en particular, no se puede explicar como el efecto de un complot de grandes hombres.

Precisamente este es uno de los grandes paradigmas tradicionales que sustituyó la *nouvelle histoire* (y anteriormente el materialismo histórico).

Otros paradigmas fundadores de la *nouvelle histoire* que son cuestionados por el autor, como consecuencia de su minusvaloración —y eso lo distingue de Dosse— de la contribución científica de las dos primera generaciones de *Annales*: la historia como ciencia social conduce —opina— a un cambio negativo de naturaleza de la historia (págs. 56, 65), aplaudiendo Coutau-Begarie las dudas que sobre el estatus científico de la historia brotan últimamente entre los nuevos historiadores (págs. 39-42); acerca de la historia problema como sustituto de la historia relato, deja claro que renunciar al relato es renunciar a la especificidad de la historia, y que en cuanto a la utilización de conceptos la diferencia entre la historia tradicional y la *nouvelle histoire* es sólo de grado, no viendo en la bandera de la historia problema un factor de vitalidad sino de debilidad epistemológica (págs. 43-52); el recurso a las ciencias sociales tal como lo ha planteado *Annales* implica la sobreestimación de las ciencias humanas, a las cuales no es reducible la historia, argumenta el autor, que pone como ejemplo a «los historiadores tradicionales que no introdujeron más que los elementos útiles a su investigación mientras que los nuevos historiadores hicieron los préstamos sobre una escala más amplia, con vistas a modificar la naturaleza de su disciplina» (pág. 56). Y en todos los casos, la motivación suprema de los planteamientos historiográficos de *Annales*: su utilidad estratégica para imponerse a la historia anteriormente dominante.

Coherente con su metodología de trabajo, Coutau-Begarie separa los dos círculos de influencia de la *nouvelle histoire* como dos caras funcionalmente distintas: una nebulosa que engloba la casi totalidad de la historiografía francesa alrededor del proyecto digamos teórico, y un núcleo restringido cuya función —elaborar y organizar la estrategia de poder— es fundamental y explica el éxito de *Annales*; la eficacia de la acción del núcleo estaría directamente relacionada con su «invisibilidad» (págs. 315-316). A continuación el autor critica el posicionamiento nuclear de «Jacques Le Goff y sus colaboradores que se atribuyen el monopolio de la marca», negándole a estos herederos de Bloch, Febvre, Braudel y Labrousse (Coutau-Begarie acostumbra también a olvidarse de nombrar a Georges Lefebvre) el derecho a reivindicar como grupo un patrimonio que pertenece —insiste— a todos los historiadores franceses (págs. 33, 192).

Sorprende un poco que el autor cite en especial a Le Goff como cabeza de los herederos cuando, sin embargo, no le nombra entre los más destacados de la tercera generación de *Annales* (págs. 8, 284);

posiblemente la razón esté en que Le Goff, a diferencia de Le Roy Ladurie y Furet, no ha repudiado completamente el marxismo, según cuenta el autor (pág. 237 nota 632). Éste concede un gran rol, que quizás parezca excesivo, a la influencia del marxismo en los fundamentos de *Annales*, en los nuevos historiadores de la primera y segunda generación (págs. 233-234), de forma que los representantes de la tercera generación menos alejados de la concepción materialista de la historia simbolizarían un continuismo historiográfico que con evidencia nuestro autor desaprueba.

Coutau-Begarie, más allá de las apariencias, no aplica con todo en su bien estructurado ensayo un concepto de la ideología estrecho, peyorativo, político, sino que indaga la ideología de *Annales* en su sentido más amplio, es decir, ideas, valores, estructura conceptual (págs. 22-23); y, consecuente con su intención de fondo que no es otra que cuestionar la hegemonía de *Annales*, pone de vuelta y media el concepto —se mete menos con los métodos— de la historia propio de *Annales*. De ahí que el antimarxismo de Coutau-Begarie responda a un interés historiográfico claro: refutar —en una coyuntura ideológica favorable— un aspecto que se sabe capital del proyecto teórico original de la *nouvelle histoire*, y ahondar por otro lado una fosa en el campo de los nuevos historiadores que obviamente está facilitando en camino de vuelta, bajo diversas formas, del modo de hacer y entender la historia anterior a la revolución *annaliste*.

Después de hacer votos para que la historia no pierda su especificidad, y quede reducida al rango de ciencia auxiliar de la sociología o de la antropología (inquietud que compartimos, aunque no su vertiente argumental *retro*, y que en absoluto responde a las preocupaciones del sector ultrarevisionista de la *nouvelle histoire*), Coutau-Begarie se mete a fondo con el concepto de historia total, a sabiendas de que «de todas las características de la *nouvelle histoire*, es la más frecuentemente dictada» (pág. 92). Crasa contradicción, en apariencia, porque el fin de la historia global quiere decir una historia en fragmentos, cada uno de ellos relacionado —cuando no dominado por ella— con la correspondiente ciencia social afín, ¿cómo va a conservar así su especificidad la historia? Y no digamos la primacía de Bloch o de Braudel. Para el autor el objetivo *annaliste* de una historia total es por descontado una estrategia de poder, para desplazar y combatir mejor a la historia política e institucional. Por lo demás —añade— la historia total es algo imposible, utópico, que conviene abandonar definitivamente (págs. 92-100). Claro que, desde su punto de vista, el autor no va desencaminado: desaparecida la historia global, la historia-historia que quedaría en pie con su preservada

especificidad sería la gran historia tradicional... y un archipiélago de pequeñas «historias» nuevas.

La renuncia de Coutau-Begarie a estudiar las obras maestras de los nuevos historiadores, le impide contrastar ante los lectores los resultados obtenidos por Bloch, Febvre, Braudel y Vilar, por ejemplo, a la hora de buscar explicaciones globales de las sociedades pasadas. La ambición científica del historiador de adquirir un enfoque global del objeto de su investigación encuentra obstáculos para su desenvolvimiento, es cierto, pero no son cualitativamente mayores que los que tiene ante sí el concimiento histórico en general. Es curioso en cualquier caso que Coutau-Begarie reconozca que la historia total «se encuentra de hecho reducida a los dominios donde la problemática de las ciencias sociales es aplicable» (pág. 125). La pregunta pertinente es: ¿por qué tan a menudo se niega a la historia un referente válido como el enfoque global que sin embargo se considera válido para la sociología o para la antropología u objeto preferente en las investigaciones interdisciplinarias?

El subcapítulo que responde al título «La ideología de los nuevos historiadores» está íntegramente dedicado a la crítica de aquellas orientaciones de la investigación *annaliste* que el autor considera más dependientes del materialismo histórico, sobre todo la historia económica y la historia de las masas. Llama la atención que la historia social, «símbolo de la búsqueda de la totalidad» según reconoce Coutau-Begarie, especialidad historiográfica muy vinculada a la historia económica y a la historia del hombre común, no conste en dicho subcapítulo «ideológico», mientras que sí aparece, estratégicamente colocada, en el apartado de los puntos fuertes de la nueva historia, aclarando el autor que es un territorio compartido por *Annales* y la escuela de Mousnier, la cual viene investigando una temática prácticamente abandonada por los nuevos historiadores: los conflictos y las revueltas sociales. En general, el autor no aparenta estar descontento de la situación de la historia social en Francia.

Estamos de acuerdo con Coutau-Begarie, y con los autores que cita, en cuanto a concebir la génesis de la *nouvelle histoire* inseparablemente de la influencia del materialismo histórico; tal vez sea demasiado decir que en la postguerra el marxismo devino «ideología dominante», pero es muy cierto, por ejemplo, que por parte de la segunda generación *annaliste* la concepción materialista de la historia fue si cabe aún más tenida en cuenta en una serie de temas (págs. 232-234). Ahora bien, se infravalora de nuevo a los creadores de *Annales* y se manifiesta un escaso interés por el debate historiográfico directo, y por las obras tanto de los fundadores del marxismo como de los fundadores de *Annales*, cuando se asegura que dicho influjo no tenía

un origen científico —aseveración coherente con su opinión de que la historia no es una ciencia social—, era simplemente, dice el autor elevando lo circunstancial a categoría principal, un efecto inducido de la moda intelectual y del lugar ocupado por los marxistas en la universidad francesa de aquellos años (pág. 231).

En el fondo de sus planteamientos siempre está el prisma deformador que adopta Coutau-Begarie analizando ante todo la *nouvelle histoire* como una estrategia de poder, el efecto directo es una sobredosis en cuanto a invención del adversario. Los hombres de *Annales* son representados por nuestro crítico más preocupados por la lucha por el poder y por mantenerse en él, para la cual desarrollan habilidades en realidad altamente valoradas por el autor, que por su función y trabajo científico, que permanece así devaluado, contra lo que es norma en la sociedad francesa y en la comunidad científica. La parcialidad de toda posición polémica trae consigo cierta recreación de la imagen del «otro», lo cual tiene de positivo que facilita la respuesta del adversario y permite obtener el máximo de rendimiento en el debate, mas es frecuente que los contendientes se propongan. Así se queja Coutau-Begarie de que a los nuevos historiadores se les va la mano «al oponer a la historia que ellos hacen una historia puramente descriptiva y acontecimental que jamás ha existido» (pág. 124); lo que no es óbice para que él mismo *force le trait* al caricaturizar el materialismo histórico presentándolo como un determinismo económico de tipo mecánico que sólo concibe el tiempo linealmente, etcétera, agregando que el marxismo es eso —que advierte, es inaceptable para el historiador— o no es marxismo, según Coutau-Begarie (pág. 228). ¿No es moral e intelectualmente más correcto debatir sobre la base de lo que hacen y dicen los historiadores marxistas? No es extraño que nuestro autor eluda, de forma tan poco elegante, la polémica con los historiadores marxistas realmente existentes: es muy difícil justificar la susodicha imagen deformada basándose en las investigaciones históricas de Pierre Vilar, Guy Bois o Michel Vovelle, o leyendo las elaboraciones teóricas y metodológicas de Jerzy Topolsky, Witold Kula o Geoffrey Barra-clough, por poner algunos ejemplos.

Concluimos esta crítica volviendo a los que esbozamos en la introducción a este ensayo: la salida de la crisis de *Annales* pasa, conforme nuestra manera de ver las cosas, por redefinir y revalidar los fundamentos científicos de la escuela, no sólo en lo relativo a territorios y métodos de investigación, y conexiones con las ciencias sociales, sino también tocante al concepto y a la teoría de la historia que caracterizaron en su origen y en su etapa ascendente a la *nouvelle histoire*. ¿La herencia de Bloch, Febvre, Lefebvre, Labrousse y

Braudel es al respecto divisible? Si la alianza sui generis, que también es competencia, entre innovación metodológica y teoría marxista de la historia que sustentó durante cincuenta años el éxito de *Annales* en la comunidad científica primero y en el conjunto de la sociedad después, se rompe finalmente —lo que supone el fin de su unidad como escuela, ya lo estamos viendo— al predominar la coyuntura ideológica sobre la estructura científica, la revisión sobre la tradición, ¿mantendrá la *nouvelle histoire* su hegemonía?

Desde la desaparición de Fernand Braudel, sobreviviente jefe de fila de dificultosa sustitución —conforme ya había anotado Coutau-Begarie—, el futuro de la nueva historia es para algunos si cabe más inquietante: nuestro autor no esconde sus preferencias acerca de la nueva relación de fuerzas que se insinúa, y previene: «La rehabilitación del relato, del acontecimiento y de la política ha comenzado»; emplazando a los nuevos historiadores con una advertencia, sorprendente vista su oposición a conceder un estatus científico a *Annales* y a la historia: «la revolución científica que la historia hoy necesita se hará con ellos o contra ellos». Acabando así, con palabras de disuasión y combate, las trescientas veinte páginas de un libro original, que honra a la cultura historiográfica francesa, de lectura inexcusable, una obra sumamente crítica hacia los constructores de *Annales* y sus herederos, cuyos presupuestos y objetivos hay que ver, se coincida o no con ellos, como están siendo crecientemente asumidos a su manera por el sector revisionista de la *nouvelle histoire*. François Dosse, el segundo crítico cuyos planteamientos vamos enseguida a apostillar, constataba hace bien poco el avance último en Francia de la historia événementielle, según la modalidad que defiende Coutau-Begarie («Les 'Annales' ne sont plus ce qu'elles étaient», *L'histoire*, núm. 121, abril de 1989).

La historia hecha pedazos

La tesis principal que François Dosse pretende demostrar en su libro *L'histoire en miettes* es que la corriente ahora predominante en la escuela de *Annales* ha roto en aspectos capitales, sobre todo en lo que respecta a la historia total como perspectiva de la investigación, con los fundadores de la *nouvelle histoire* y que la «traición» a dicha herencia llega «hasta el punto de que la historia se arriesga a perder su identidad» (pág. 97 de la edición española); esto último es la misma preocupación que manifiesta Coutau-Begarie, pero más «desde» *Annales* que «contra» *Annales*. Con independencia de que se conceptúe dicha ruptura de la traición *annaliste* como un dato

historiográfico benéfico o como un descarrilamiento histórico, la argumentación de Dosse convence en el sentido siguiente: dichas discontinuidades existen y tienen una importancia cualitativa, si partimos de los postulados fijados en su momento por Bloch, Febvre y Braudel.

Pasemos lista a los hitos, según Dosse, de ese desarrollo contradictorio con sus orígenes de los últimos Annales, no sin antes advertir que, en nuestra opinión, la negatividad con que se reputa el camino seguido por la *nouvelle histoire* en la última década y el tono polémico de la obra, hacen que permanezcan demasiado en un segundo plano los avances metodológicos y la conquista de nuevos territorios que acompañan al abandono de los métodos y los territorios tradicionales por parte de gran parte de los nuevos historiadores.

De la historia geográfica, historia económica e historia social a la historia de las mentalidades, la historia cultural y la antropología histórica.

El abandono de la investigación de la base material y social de la historia por el estudio de las superestructuras mentales y culturales, sirve normalmente para encubrir, no para desvelar lo real, acusa Dosse. Un sector importante de los nuevos historiadores renuncia así a dar una explicación de conjunto de la realidad histórica: trasladan la fuente de los cambios de lo social y lo político a las élites culturales, donde prevalece la historia lenta; autonomizan en suma el nivel de lo cultural y lo mental respecto de la infraestructura de la sociedad. François Dosse contempla la sustitución de lo social por lo cultural como un proceso de etnologización de la historia, consecuencia a su vez de una aceptación y promoción por parte de dichos historiadores de fenómenos de la coyuntura social y cultural presente como la crisis de la idea de progreso, la visión neorromántica del pasado y la sustitución de los proyectos colectivos por las vivencias individuales.

De la historia ciencia del cambio a la historia inmóvil

Para Marc Bloch y Lucien Febvre «la historia es en esencia la ciencia del cambio», oponiéndose por ello al mito de los fenómenos inmóviles (pág. 96). Más adelante, en respuesta a la ofensiva de la antropología estructural y al objeto de mantener a la historia en el centro de las ciencias sociales, Fernand Braudel elabora y pone en

práctica el concepto de larga duración como una nueva dimensión temporal de los estudios históricos, adquisición que se transforma en Le Roy Ladurie en una historia inmóvil, donde el cambio y la ruptura ya no son algo históricamente significativo que debe concentrar la atención del investigador; inmovilización del tiempo histórico que nos sitúa por consiguiente en las antípodas de las enseñanzas de los *Annales* de los años treinta. En último extremo esta concepción entronca con la idea —de origen filosófico e ideológico— hoy tan en boga, incluso entre historiadores de oficio (!), del final de la historia. Coincidimos con Dosse en que la historia o se mantiene como la ciencia del cambio o pierde su entidad como disciplina científica, pero al mismo tiempo justo es apreciar el interés y la renovación que supone el estudio realmente histórico de los fenómenos de larga duración y de las permanencias, es decir, que la combinación dialéctica del tiempo corto, medio y largo al analizar los hechos históricos también entraña un avance en la dirección de una historia total, en línea con lo escrito por Michel Vovelle y otros.

De la historia humana a la historia sin nombres

Para Marc Bloch y Lucien Febvre la historia es la «ciencia del hombre». Paralelamente a la devaluación del tiempo corto, tiene lugar un creciente desinterés, que Dosse pone de manifiesto, de la nouvelle histoire hacia la intervención humana en la historia. De nuevo Braudel actúa de hombre-puente al negar, frente a lo dicho por a primera generación, que el hombre haya tenido algún papel relevante en el devenir histórico (pág. 120-124, 164-165), y Emmanuel Le Roy ofrece como otras veces el ejemplo reciente más extremo del cambio de orientación con su historia del clima, una historia natural sin los hombres.

Insiste Dosse en cómo la cuantificación pura, el tiempo inmóvil y lo mental inmutable reducen al hombre a un objeto pasivo de la historia (pág. 218); sin embargo, no valora quizá suficientemente el renacimiento del hombre —«desaparecido bajo los escombros de series...»— de la mano de la antropología histórica, declarada en este momento frente pionero de investigación de la dirección de *Annales*, aun admitiendo que sea todavía un hombre pasivo (pág. 180-181). La complejidad de una correcta evaluación de la aportación actual de *Annales* a la histoirografía la tenemos en este tema de una historia humana o no humana: Le Roy Ladurie hace desaparecer al hombre al investigar el clima pero ¿acaso no lo sitúa, en cierto sentido, en el centro de su indagación antropológica en *Montaillou, village occitan*?

De la historia problema a una historia descriptiva neopositivista

Con Bloch y Febvre pasamos de la historia narrativa y positivista de Langlois y Seignobos a una historia que no se contenta con relatar al dictado de los documentos sino que plantea a éstos preguntas, utiliza un cuadro conceptual en la investigación, organizándose ésta en función de los problemas propuestos por el historiador. Jacques Le Goff, emplazado a que definiese la escuela de *Annales* con una palabra, resume: «La nueva historia es una historia-problema» (págs. 73-74).

Detecta Dosse dos vías claramente distintas, seguidas por diferentes historiadores, a través de las cuales se está volviendo (en cuanto a preocuparse más por el cómo y menos por el porqué) a la historia pre-*Annales*: a) la serialización que descompone lo real para describirlo empíricamente; fascinada por el hecho bruto como único punto de partida y nivel de inteligibilidad; en resumen, un claro renacimiento del neopositivismo (págs. 196-197); b) el enfoque antropológico que reducido a la descripción de la vida cotidiana, tanto mental como material, de las gentes corrientes «se parece a la historia positiva en su aspecto factual, sólo que en otro campo, fuera de lo político» (pág. 180); «de desmembramiento del objeto histórico y de ruptura radical con la historia social»: así censura Dosse la nueva temática de la vida privada «que se asemeja a lo que, en otro tiempo, se llamaba la historia de las civilizaciones o de las costumbres» (págs. 218-219).

Ahora bien, tendríamos que añadir nosotros lo siguiente: la descripción, sobre todo si es del hombre común —objeto de investigación ideológicamente olvidado por la historia positivista—, puede y debe estar al servicio de un proyecto explicativo y conceptual de la historia, que por supuesto no puede prescindir de lo factual y aun del relato; la cuantificación, entrelazada apropiadamente con un tratamiento cualitativo de los datos, ha demostrado asazmente su utilidad para una historia que interroga científicamente el pasado (véase si no la obra de Guy Bois); la antropología histórica permite más desarrollos que la mera descripción, también adiciona dimensiones y posibilidades nuevas a la búsqueda de las respuestas que exigen las hipótesis explicativas, y puede hacer viable cierta perspectiva de una historia total, y aun de una historia materialista (tenemos la referencia al respecto de la antropología social de Maurice Godelier o de la antropología materialista de Marvin Harris).

De la historia total a la historia en migajas

El proceso de deconstrucción de la *nouvelle histoire* tiene para François Dosse su máxima expresión en la dispersión y la multiplicación actual de objetos, de métodos, de enfoques y de concepciones historiográficas. La ruptura del hilo conductor de la historia total o global, concepto clave lanzado en los años treinta por *Annales*, al cual Braudel y la segunda generación de nuevos historiadores —informa nuestro autor— también fueron fieles (págs. 113-114, 147-148), resumiría las restantes discontinuidades denunciadas entre los años treinta y ochenta, significaría la renuncia a buscar la síntesis —y no digamos sistemas causales que restituyan interacciones— y el abandono definitivo de toda preocupación teórica e incluso conceptual, en beneficio de un empirismo y eclecticismo total, y, por otro lado, en favor de las ciencias sociales más potentes y seguras de su papel. La historia en migajas, ruptura epistemológica que tendría en Pierre Nora su propagandista más entusiasta y madrugador (págs. 188-189), y que encontrará en Foucault su base teórica (págs. 190 y ss.), simbolizaría por tanto el estallido final —y por descontado el fin de su cohesión como escuela— de la *nouvelle histoire* tal como la hemos conocido estos últimos cincuenta o sesenta años. Esta parcelización de la historia, la fractura de un proyecto histórico movilizador como *Annales*, es vista también por Dosse como un efecto de la fragmentación «postmoderna» de la sociedad de los ochenta, caracterizada por el repliegue individualista, la erosión de las identidades sociales, la proliferación de los «franceses sin adhesiones»... (págs. 187, 242-243).

La severidad del juicio del autor se apoya en dos serias afirmaciones: 1) el discurso desmembrador de la historia es hoy, piensa Dosse, asumido por «la mayor parte del núcleo dominante» de la escuela de *Annales*; 2) el proyecto histórico glogalizante es «el fundamento mismo de la especificidad histórica» (pág. 270). De ser así la sugestiva diversidad y abundancia de trabajos históricos que acompañan al «estallido» de la historia en Francia, encubriría realmente una huida hacia adelante —como dice Dosse— que bajo ningún concepto compensaría el desdibujamiento de la identidad de la disciplina por obra de *Annales* y la pérdida de la función estimulante que ha venido ejerciendo la escuela entre los historiadores franceses y no franceses.

Historia y ciencias sociales: de la primacía a la disolución

Una causa principal del atractivo renovador de *Annales* y de su capacidad para permanecer largos años en la primera fila de la investigación histórica, es sin lugar a dudas la audacia e inteligencia con que cooperan los nuevos historiadores con las ciencias sociales, logrando en los tiempos de Bloch y Febvre federarlas alrededor de la historia, resistiendo después con éxito, esto es, integrando sus descubrimientos, las acometidas de las disciplinas emergentes, tal es el caso de Braudel en relación con el estructuralismo de Lévi-Strauss, en opinión de Dosse. Pues bien, señala nuestro autor que el precio final a pagar por la apropiación indebida de las ciencias sociales está siendo la disolución de la historia en el seno de aquéllas, la asimilación acrítica de sus temas, conceptos y metodologías, previa renuncia a aquello que ha dado a la historia cierta primacía sobre la geografía, la sociología, la economía o la antropología; explicar los hechos humanos como procesos globales en el tiempo, proveyendo además a la sociedad contemporánea de una identidad histórica colectiva.

Ciertamente tiene altos valedores entre los nuevos historiadores de hoy la idea, derivada de la práctica más que de una reflexión teórica como corresponde a una de las peores tradiciones de *Annales*, de que la historia tendría que fusionarse con otras ciencias sociales para dar lugar a un saber ecuménico, a una suerte de superciencia, donde tal como están las relaciones intercientíficas de fuerza en el momento presente parece razonable descartar, si fuera factible un proyecto de ese tipo, que la historia jugase en él un rol central.

Estimamos que François Dosse no pone, así y todo, el acento necesario en evidenciar esta tendencia pesimista a borrar el perfil de la historia como disciplina científica, fractura en la tradición de la *nouvelle histoire* de consecuencias tanto o más graves que el abandono de la historia total (el eje de la crítica de Dosse), a su vez paso previo para esa anunciada huida de nuevos historiadores a otras ciencias sociales tras el señuelo de la novedad científica: otra facilidad más para el retorno, bajo la bandera de la defensa intransigente de la especificidad histórica, de las viejas formas de investigar y contar el pasado.

El autor de *L'histoire en miettes* resalta todavía otra discontinuidad vinculada estrechamente con las anteriormente citadas: la ruptura de la relación pasado/presente/futuro clásica en *Annales*. Interrogar al pasado desde el presente, al objeto de comprender científicamente tanto el ayer como el hoy, y de crear una conciencia histórica con el fin de contribuir a prever y construir un futuro mejor para los

hombres: forma parte de los paradigmas que hicieron que la *nouvelle histoire* triunfara, es al fin y al cabo lo que distingue a un historiador de un anticuario, argumenta justamente Dosse (págs. 63-66).

Una historia sin el cambio, sin la recuperación por el hombre, sin la búsqueda de explicaciones, lo que en definitiva es para Dosse la *nouvelle histoire* de los años 80, semeja estar al margen de las preocupaciones del hoy y de espaldas a cualquier proyecto colectivo de futuro, pero a nuestro parecer esto es así sólo en parte. Tras la apariencia de una historia aséptica, neutral ante las inquietudes y las miserias de la contemporaneidad, encontramos asimismo inspiradas en el presente otras preguntas al tiempo pasado, otros deseos de influir con el quehacer histórico en la actualidad y en la formación del porvenir, influjos que tienen un sentido discrepante (útil toda vez que implica el planteamiento de nuevos problemas, o al menos de viejos problemas pero de una forma nueva) con la voluntad de progreso que animó desde su nacimiento a la *nouvelle histoire*, pero no por ello inquietudes menos tributarias de una íntima relación pasado / presente / futuro. Un excelente ejemplo lo tenemos, cómo no, en las preguntas, las respuestas y las intenciones de futuro que encierra la conclusión de que «La Révolution française est terminée», y en general la revisión en marcha de la historia de los hechos de 1789 elaborada por *Annales*. Dosse critica despiadadamente las conclusiones y el uso del concepto de historia inmóvil, junto con los argumentos resucitados del pensamiento francés antijacobino, tanto liberal como ultrarreaccionario, por parte de nuevos historiadores como Furet, Richet, Chaussinand-Nogaret, Chaunu y Mona Ozouf, al objeto de dar la vuelta a la versión *annaliste* tradicional de la revolución de 1789 (págs. 248-261). Evidenciando en consecuencia la conexión de los historiadores que precisamente están rompiendo con más determinación e impudor con el proyecto racionalista y movilizador de los viejos *Annales*, con los problemas ideológicos de la coyuntura actual.

François Dosse al hablar, en sus conclusiones, de la recuperación de una historia ciencia del cambio, menciona en un momento dado que ello «no depende tanto de los historiadores como del movimiento social» (pág. 271). Discrepamos con esto, no porque no encierre una verdad (máxime teniendo en cuenta la fuerte ligazón historia-sociedad en Francia), sino porque supone echar el balón fuera del campo de la historia y de los historiadores, pese a estar defendiendo los partidarios de la historia global, empezando por el propio Dosse, su alternativa a la crisis de *Annales* como es natural mediante un debate historiográfico. El caso es que en sociedades tan afectadas como Francia por la crisis actual de la idea de progreso, verbigracia Gran Bretaña, Italia

o la propia España, la historia social y económica, la historia «móvil», no está soportando una presión desnaturalizadora tan mayúscula como en Francia. La verdad es que depende en primer término del historiador, más que de fuerzas exteriores, el tipo de historia que aquél personalmente hace; así que los historiadores franceses, para bien o para mal, imprimieron porque quisieron, es la evidencia misma, un giro de 180° a su tradición historiográfica durante la última década, había y hay varias alternativas de desarrollo de la *nouvelle histoire*.

François Dosse encuentra en un amplio grupo de nuevos historiadores galos la continuidad de la obra de Marc Bloch, Lucien Febvre, Georges Lefebvre, Ernest Labrousse y Fernand Braudel para los años noventa, «una verdadera nueva historia», forma de entender y practicar la historia que se diferencia netamente de la otra tendencia de *Annales*, objeto de la acerba crítica de nuestro autor, cuya divergencia creciente de la tradición *annaliste* no hay que descartar que acabe reforzando, aún no queriéndolo, la línea continuista, y viceversa.

Si *Annales* pierde al final su identidad histórica como escuela parece difícil que mantenga su plena capacidad de integración y la influencia nacional e internacional de que viene disfrutando. François Dosse plantea incluso si no corre la historia en Francia el riesgo de desaparecer como la zoología de ayer o de conocer una crisis de marginalidad como la geografía (pág. 265).

Los criterios utilizados por el autor para identificar y seleccionar a los historiadores para él más representativos de la tradición de *Annales* son dos: la fidelidad a una historia global y la proximidad al materilismo histórico, posicionamientos por otro lado interdependientes. Valorando en esta dirección la puesta en práctica de una historia de las mentalidades vinculada a la historia social, la historialización del enfoque antropológico, el entrelazamiento dialéctico del tiempo corto y largo y de la coyuntura y de la estructura... Con lo cual obtiene una lista: Georges Duby, Michel Vovelle, Jean Pierre Vernant, Maurice Agulhon, Monique y Pierre Lévêque, Claude Mossé, y otros (págs. 200-202, 212-215, 220-223, 236-237, 242).

A todo lo dicho el autor agrega como un rasgo de esa verdadera nueva historia la urgencia por volver a la historia política y al acontecimiento para que la historia pueda así conservar sus características de ciencia del cambio, siendo consciente que esta orientación de la investigación no pertenece a la tradición de la *nouvelle histoire* sino todo lo contrario.

Sobre el retorno del acontecimiento da la impresión de que existe un amplio consenso en Francia. Vimos cómo Coutau-Begarie lo

reivindicaba como el eje de su alternativa a *Annales*. Dosse aclara naturalmente que no es cuestión de proclamar el regreso a la clásica historia acontecimental: «se trata de hacer renacer el acontecimiento significativo, unido a las estructuras que lo han hecho posible, origen de la innovación...» (pág. 272); posición en la que porfió Le Goff en el prólogo a la edición de 1988 de *La nouvelle histoire*: «hacer en adelante del acontecimiento la punta del iceberg, estudiándolo como cristizador y revelador de las estructuras» (pág. 16). Así y todo, en el caso de que verdaderamente los nuevos historiadores abandonen —o combinen— la antropología, la historia cultural, la historia serial, etc., por una nueva historia factual, no queda teórica y suficientemente claro para nosotros que el regreso del acontecimiento no signifique una derrota más de *Annales* si a la vez persisten los alejamientos de la historia social, de la historia global, de la historia problema, de la historia como ciencia del cambio.

En la obra colectiva de 1978, antes citada, definitiva de la nouvelle histoire se encuentra la contribución de Guy Bois («Marxisme et nouvelle histoire»), que posiblemente el autor hoy ya no sostenga de la misma forma, pero cuya lectura aconsejamos para comprender la relación del materialismo histórico con *Annales*, y llenar así una laguna existente en el libro de Dosse, quien reivindicando dicha relación como básica para su verdadera nueva historia, no detalla la participación del marxismo en la formación de *Annales*, cosa que Coutau-Begarie sí hizo en su obra desde el punto de vista contrario.

Creemos que la alternativa que Dosse precisa de un desarrollo más profundo en dos aspectos que ocupan un lugar en demasía subordinado en sus razonamientos: a) decir en primer lugar que la plena recuperación de la historia como ciencia del cambio es inseparable del debate sobre la teoría de la historia; por ejemplo, nos ha llamado la atención que entre los criterios seleccionadores de los nuevos historiadores no incluya Dosse explícitamente las posiciones de aquéllos hacia la historia social, vieja deficiencia de *Annales* si entendemos lo social no sólo como un concepto amplio —y ambiguo— que lo abarca todo, sino que también y sobre todo a la manera de la historia social anglosajona, lo que nos lleva inexcusablemente a la teoría de la historia como ciencia del cambio social. b) La apreciación positiva de la capacidad metodológicamente innovadora de *Annales*, está más bien arrinconada, hasta infravalorada, por efecto del contexto sumamente polémico del libro y también de las propias concepciones en este sentido algo conservadoras del autor. Así tenemos que los historiadores elegidos por Dosse como la verdadera nueva historia francesa por sus concepciones globales y materialistas de la historia, ocupan en general

posiciones de vanguardia en el campo de la historia de las mentalidades y de la antropología histórica, en la aplicación de métodos cuantitativos al análisis histórico, etc., sin que esta circunstancia sea tenida debidamente en cuenta a la hora de la evaluación.

Más de la mitad de las páginas de *L'histoire en miettes* están dedicadas a pasar revista a las obras de la primera y la segunda generación de *Annales*. El balance final que hace el autor es positivo. A sabiendas que por aquellos años dominaba la historia que contaba las batallas y los hechos relevantes de grandes hombres, enfeudada a fuentes narrativas, Dosse resalta sobremanera el significado de *Annales* como la fundación de una historia de la base material de la sociedad, que construye hipótesis para su comprobación empírica, que pretende una explicación global de la historia humana, pero nuestro autor deja en un lugar subordinado la profunda renovación de métodos, la innovación que implica una tan fructífera cooperación con las otras ciencias sociales. Ciertamente Dosse, persona informada, no desconoce esto último, reconoce el «profundo dinamismo de una escuela que se define por su apertura y que permite acceder a nuevos objetos y a nuevos horizontes para alcanzar un nivel, particularmente rico, de la producción histórica» (págs. 264-265), capacidad innovadora que continúa —dice François Dosse— con la tercera generación, pero luego al estudiar ésta no es del todo consecuente con dicho reconocimiento, lo cual merma solidez a un libro que en general convence al lector, sugiriéndole múltiples ideas y matices sobre la situación de la historia en Francia, y también en España.

En la segunda parte del libro, dedicada a la actual generación de nuevos historiadores, la negatividad del balance arrastra por el suelo a la antropología histórica, la historia cuantitativa, la historia de las mentalidades, a la larga duración. El autor, cada vez que, haciendo honor a la rigurosidad de su ensayo, menciona el valor científico de los nuevos territorios y métodos de investigación, añade que falta voluntad de síntesis, de explicación, de racionalización, de conexión con una historia social y total (págs. 188, 194, 198, 210), salvo excepciones, y lo sostiene con tanto énfasis —y no vamos a negar aquí la base objetiva que tienen dichos «peros»— que lo segundo desmiente a lo primero, y el lector infiere pues que no se deben seguir unas direcciones de la investigación histórica tan arriesgadas, donde patinan tan insignes y veteranos historiadores.

El resultado final es una imagen, una traza metodológicamente conservadora que perjudica notablemente la tesis del libro de Dosse, con el agravante de que la intención del autor es justamente la opuesta, y que la posición historiográfica definida por él, próxima al

marxismo, representa, ya lo hemos visto, el contrapunto imprescindible al retroceso de la historia francesa, a pesar de los avances metodológicos, a los tiempos anteriores a la creación de *Annales*.

El materialismo histórico proporciona, directa o indirectamente, a la *nouvelle histoire* una parte imprescindible de su capital científico y renovador, conceptos operativos como la determinación económica y social, la gente común como sujeto histórico, la lucha de clases, la historia total, en resumen, un enfoque teórico de la historia sin el cual estamos convencidos de que la historiografía francesa no habría logrado liberarse del empirismo y del positivismo. Pero es preciso asimismo ver con claridad lo siguiente: las innovaciones metodológicas más originales y características de *Annales* son fruto de una aptitud probada para aprender de las demás ciencias sociales, revelan una gran audacia para conquistar nuevos territorios y métodos para la historia. En suma, la hegemonía conquistada por la *nouvelle histoire* deriva de una feliz combinación —no exenta lógicamente de rivalidades y conflictos— del referente materialista en la teoría y un vivo impulso renovador en el método, convergencia que entraña cierto sincretismo y que dio lugar a un equilibrio fructífero, creador, que ahora está a punto de perderse. La deuda de *Annales* con el marxismo es obvia, aunque no lo es menos la deuda del marxismo con *Annales*, desde luego en cuanto al desarrollo y difusión de una serie de planteamientos materialistas, y porque dentro de *Annales*, o en sus proximidades, los historiadores marxistas investigan con una actitud más abierta hacia lo nuevo, escudriñando todas las dimensiones de lo real, compitiendo con éxito en los frentes avanzados de la investigación.

Hemos recogido y admitido críticas esenciales de Dosse al último trayecto de *Annales*, que podríamos caracterizar, de acuerdo con nuestra propia visión, mediante el binomio desequilibrado de innovación sin teoría. Ahora bien, seamos objetivos y justos: ¿cuántas veces se reduce el materialismo histórico a la defensa y desarrollo de una teoría sin innovación?, mejor dicho, ¿cuántas veces la innovación de la teoría marxista frena la innovación? Aparte del carácter dogmático del marxismo imperante en los tiempos de la formación de *Annales* (factor significativo para entender cómo la innovación pudo exigir cierto distanciamiento de la teoría), hay que decir que la propia fortaleza y racionalidad científica de su teoría hace que el historiador marxista siempre vea con más facilidad y rigor que un historiador de formación exclusivamente empírica (a quien no por eso le cuesta menos trabajo el cambio de objetivos o técnicas), los peligros de temas y las dificultades de métodos inéditos, no probados científicamente. Cuando nadie mejor que el historiador formado

teóricamente, frecuentemente marxista o influido por el marxismo, para conseguir la síntesis entre los viejos y los nuevos temas y métodos de la historia. La propia interdisciplinariedad básica del marxismo como filosofía y metodología de las ciencias sociales, ¿no tendría que favorecer la integración no mecánica en la historia materialista de los descubrimientos y los métodos de otras disciplinas? La enseñanza de Marx integrando permanentemente, mientras vivió, los descubrimientos científicos en su concepción y metodología de la historia y de la sociedad, no ha tenido una continuidad clara en general entre los marxistas.

El caso del estudio histórico de las superestructuras es paradigmático: mal se puede hablar de una historia total sin atender y tratar de conocer lo que se llama «el tercer nivel». El marxismo retrocede desde hace tiempo ante esta temática harto difícil para un enfoque materialista, cuya investigación lo cierto es que urge. Como historiadores, ¿cómo no valorar entonces la constitución de una historia de las mentalidades, de una antropología histórica y de una historia sociocultural por parte de la *nouvelle histoire* con la ayuda de las ciencias humanas vecinas? Hasta ese momento la historiografía había abortado más que nada la superestructura política, institucional, estatal; los nuevos historiadores franceses —no marxistas y marxistas— enfocan empero el análisis de la superestructura de la sociedad civil, lo que abre entre otras cosas la posibilidad de investigar el sujeto social de la historia en su globalidad.

En fin, que el historiador no puede permanecer indiferente al cómo y al por qué de los hechos del pasado; recordemos que la innovación en el método y en los objetos es una cualidad inherente al conocimiento científico; confundir lo nuevo con la moda es un riesgo que el investigador tiene que asumir, y en el que no es obligatorio caer, ciertamente no justifica el repliegue a la siempre relativa seguridad del cómo y el qué de antaño.

La creciente orientación entre *annalistes* de practicar la renovación del método rompiendo el referente teórico y la tradición de la escuela, no quiere decir que sea correcto ni inevitable negar la innovación para preservar la matriz constituyente de *Annales*. Huyamos de la falsa alternativa: continuismo sin innovación o innovación sin continuismo. Es viable, y Dosse también lo hace notar, una historia de las mentalidades que a la vez sea historia social, o una antropología que a la vez sea historia, como lo ha sido fusionar los métodos cuantitativos con los cualitativos, claro que para dichas síntesis es ineluctable reforzar en la investigación el componente conceptual y teórico para no perderse entre las ramas de los árboles o entre los árboles del bosque: lo exige la dispersión —en aumento— de los objetos, de las

metodologías, de las ciencias sociales y disciplinas que inciden en la historia. Contrarrestar a las fuerzas centrífugas con el fin de que la historia permanezca fiel a sí misma como ciencia social autónoma, y reciba para ello el nuevo impulso que permite la actual riqueza de posibilidades metodológicas, hace hoy más necesario que nunca desarrollar conceptos generales y definir regularidades, yendo para ello al encuentro de la tradición —materialista— de *Annales*. Las condiciones externas auspician hoy la convergencia del historiador profesional con una teoría marxista menos dogmática, más abierta a la innovación y más dispuesta a afrontar sus asignaturas pendientes.

Sin una teoría explícita, organizada en la medida de lo posible en nociones y leyes que surjan y sobre todo se verifiquen desde la realidad, cómo impedir que la historia total haga agua al limitarse en el mejor de los casos a una simple suma o yuxtaposición de «niveles», que por lo demás se están multiplicando como hongos al subdividirse y parcelarse por mor de la eclosión actual. Se va a plantear un doble y complicado problema de articulación: primero la vieja cuestión de relacionar la vieja historia económica y social con la nueva historia de lo mental y lo cultural, y segundo integrar en ese cuadro de determinaciones los *retours* que al parecer la *nouvelle histoire* contempla y la realidad impone, es decir, la vuelta de la antigua temática convenientemente remozada, la historia política, el acontecimiento, la biografía y la mismísima historia narrativa. Por algo al comienzo de este trabajo insistíamos en que no se puede desplazar del centro del debate historiográfico la cuestión de la teoría de la historia y de la sociedad, así como la justeza de la precursora visión de Josep Fontana al apuntar el teórico como el mayor problema de los nuevos historiadores, la cuestión continuamente pendiente de *Annales*.

Si consideramos el libro de François Dosse en relación con el de Coutau-Begarie, encontramos en aquél el punto de vista de un historiador, atento por consiguiente a las circunstancias sociales que rodean las diferentes etapas de *Annales* y a la evolución paralela de las ciencias sociales. El punto de vista de Dosse está en buen grado situado en el interior de la *nouvelle histoire*, cuya tradición reivindica, cuestionando su trayectoria historiográfica reciente de una manera más directa y menos encubierta que en el caso de Coutau-Begarie.

Dosse recoge —y cita— las aportaciones de *Le phénomène «nouvelle histoire»* analizando la escuela como un proyecto de poder e ideológico, pero el centro de atención de su ensayo está en el debate de las ideas historiográficas y del rol de la historia en el conjunto de las ciencias humanas y en la sociedad, jerarquía en el debate que afecta naturalmente a su enfoque de la relación de los nuevos

historiadores con el poder y la ideología. Señala así su admiración por un Braudel constructor (la *VI section*, precedente de la actual *EHESS*; la *Maison des Sciences de l'Homme*; la influencia internacional de *Annales*) llegando a decir de él que era un «hombre de acción más que un teórico» (págs. 125-134). Y cuando, según su criterio, la ideología hace valer su peso en el debate historiográfico no despacha éste diciendo que es un debate ideológico sino que baja a la arena a discutir de historia. Este es el caso de la evolución de François Furet (director desde 1984 del *Institut Raymond Aron*) y Denis Richet, junto con otros destacados nuevos historiadores, desde la militancia activa en el PCF en los años cincuenta al antimarxismo y a la ideología liberal que, siempre según Dosse, hoy profesan; «el dios de ayer se ha convertido en diablo», asegura nuestro autor (pág. 227), el cual a continuación en otro lugar, en el capítulo acerca de la historia inmóvil, hace la crítica de los argumentos historiográficos con que los dichos investigadores reinterpretan la revolución francesa, un caso éste en todo caso extremo de las implicaciones actuales e ideológicas de una polémica sobre un hecho histórico.

Por lo demás el autor de *L'histoire en miettes* inventa también al adversario, como cuando subestima el contenido innovador de los últimos trabajos de los nuevos historiadores. Nosotros mismos estamos dando asimismo al lector una imagen de estos dos libros en función de su contenido... y de nuestras propias ideas sobre *Annales*, sus críticos y la historia. Lo cierto es que nos contentaríamos con haber suscitado en quien esto lee el interés por las obras de Coutau-Begarie y Dosse, esperando que saquen de sus estudio tantas enseñanzas como nosotros.

Francia fue históricamente, y aún sigue siendo, un extraordinario escenario para observar el debate intelectual por el alto nivel, la franqueza y la radicalidad de las posiciones en conflicto, así como un buen termómetro de las crisis y evoluciones de la vida ideológica, cultural y científica. Las transformaciones que hemos analizado de *Annales* en la década de los ochenta, el propio crecimiento de la historiografía española y la competencia de otras historiografías (en especial la historia social anglosajona), son factores que han disminuido el influjo de la *nouvelle histoire* en España —que fue decisivo en los años sesenta y setenta— como se ve en el poco eco que la historia de las mentalidades y la antropología histórica están encontrando aquí; sin embargo, la polémica francesa —que seguramente no ha hecho más que empezar— en absoluto nos es ajena, y no lo decimos tan sólo por la continuidad de las relaciones entre historiadores a uno y otro lado de los Pirineos, la cuestión es que *mutatis mutandis* el problema de fondo es el mismo acá y allá, la

crisis de *Annales* refleja cabalmente la crisis de la historia y de las ciencias humanas, estado crítico que de todas maneras corresponde a la situación cuasi normal de unas disciplinas científicas vivas, que siendo ciencias sociales y humanas forman parte también del cambiante mundo de hoy.

Concluamos. ¿Hacia dónde va *Annales*? Según se deduce de los dos libros que hemos estudiado: hacia la desintegración. Y de ser verdad este diagnóstico, que subyace en los planteamientos y análisis de los dos autores, quedarían en pie desgajadas de la matriz *annaliste* dos grandes corrientes —sin que eso de entrada signifique grupos organizados—, con cierta coherencia en cuanto a concepciones de la historia: una continuista respecto a las primeras generaciones de *Annales* y en consecuencia más o menos cercana al materialismo histórico, y otra rupturista respecto a los orígenes de *Annales* y *malgré elle* más o menos cercana a la historia tradicional. «Nuevas clasificaciones parece que se tengan que se tengan que llevar a cabo según nuevos criterios», vaticina Dosse (pág. 271). De cumplirse tal hipótesis, Coutau-Begarie acabaría también viendo plasmarse en la realidad su esquema preferido: los fundadores de *Annales* vendrían a ser un patrimonio simbólico, objeto ornamental de los elogios de todos los historiadores franceses, y el núcleo que dirige hoy *Annales* no representaría más que la aglutinación interesada de un grupo de poder...

El oscurecimiento postrero de la identidad de *Annales* lleva a Guy Bois a escribir que la última aventura de *Annales* «anuncia una profunda y duradera regresión de la investigación histórica francesa, y que eso no le cueste lugar, uno de los primeros, en la comunidad científica internacional» (*L'Avenç*, núm. 100, 1987). Es decir, que no está claro que de inmediato mejore la situación de la historia en Francia en caso de que se consume el proceso de desnaturalización en curso, según Bois y otros observadores.

La opción a la disgregación pasa por la recomposición de los pedazos de la *nouvelle histoire*; tarea que según nuestro criterio es la más deseable y la más difícil. Tarea de titanes (o no, si tiene razón los que creen que la crisis de la escuela no es para tanto) que traslada nuestra atención al equipo dirigente de *Annales*, de su voluntad y capacidad para conseguir una síntesis de la tradición y la renovación que resista las presiones de la coyuntura, depende que se realice una de estas dos posibilidades: bien la *nouvelle histoire* fracasa y contempla cómo la historia que derrotó en 1929 vuelve más fuerte que nunca a hombros incluso de gente representativa de *Annales*, bien la escuela es capaz de organizar un nuevo impulso que sólo será tal si recupera la escuela su tradicional capacidad integradora

(«confrontación fraternal entre sus diversos componentes», en palabras de Dosse, pág. 237).

Georges Duby escribió en 1980 que «cincuenta años después de la fundación de los *Annales*, continúan el combate» (*Mâle Moyen Age*, pág. 264). Jacques Le Goff por su parte rechaza cualquier suerte de triunfalismo sobre la situación presente de la *nouvelle histoire*, asegura que ésta no ha ganado todavía, y reitera: «Sí, Lucien Febvre tiene todavía razón, los 'combates por la historia' continúan» (prólogo a la edición de 1988 de *La Nouvelle Histoire*). La duda que le asalta al observador interesado es si la continuación del combate implica que los adversarios actuales de *Annales*, colectivo del que Le Goff y Duby sólo son una parte, son los mismos adversarios que tuvieron en su tiempo, y a los cuales vencieron en alianza con el materialismo histórico, Bloch, Febvre, Lefebvre, Braudel y Labrousse.

CARLOS BARROS

Profesor de Historia Medieval. CSIC. Madrid

Resumen: el autor examina de forma crítica el debate suscitado en torno a la crisis o inestabilidad de la escuela de Annales a partir de dos obras de la década de los ochenta: *Le Phénomène «Nouvelle Histoire» de Hervé Coutau-Begarie (1983)* y *L'Histoire en miettes de François Dosse (1987)*.

Summary: the author analyses with criticism the discussion started about the crisis or instability of the Annales School produced by the publication of two books in the past decade: *Le phénomène «Nouvelle Histoire»*, written in 1983 by Hervé Coutau-Begarie, and *L'Histoire en miettes*, written in 1987 by François Dosse.